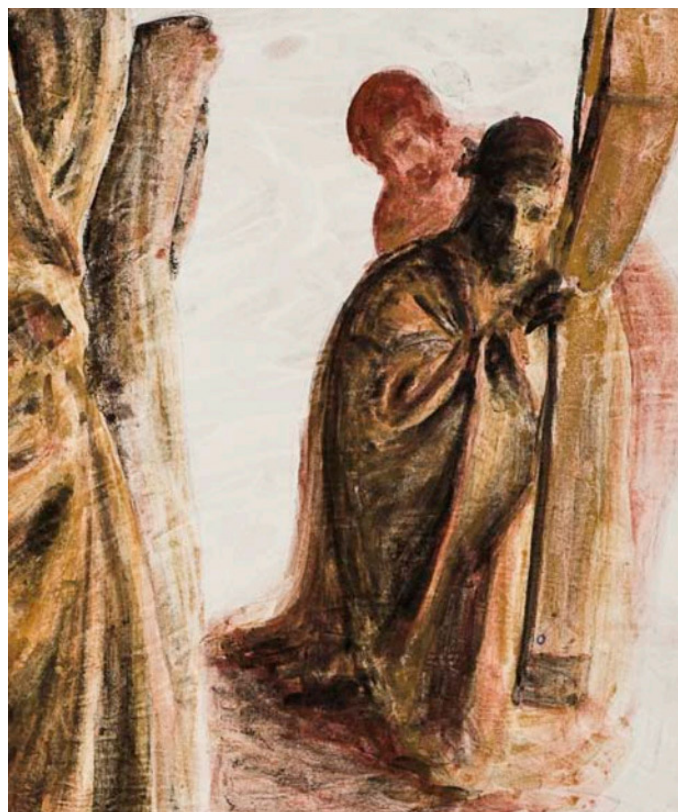


# VÍA CRUCIS

GERARDO DIEGO



## Ofrenda

Dame tu mano, María,  
la de las tocas moradas.  
Clávame tus siete espadas  
en esta carne baldía.  
Quiero ir contigo en la impía  
tarde negra y amarilla.  
Aquí, en mi torpe mejilla,  
quiero ver si se retrata  
esa lividez de plata,  
esa lágrima que brilla.

Déjame que te restañe  
ese llanto cristalino,  
y a la vera del camino  
permite que te acompañe.  
Deja que en lágrimas bañe  
la orla negra de tu manto  
a los pies del árbol santo  
donde tu fruto se mustia.  
Capitana de la angustia:  
no quiero que sufras tanto.

Qué lejos, Madre, la cuna  
y tus gozos de Belén:  
— No, mi Niño, no; no hay quien  
de mis brazos te desuna.  
Y rayos tibios de luna,  
entre las pajas de miel,  
le acariciaban la piel  
sin despertarle. Qué larga  
es la distancia y qué amarga  
de Jesús muerto a Emmanuel.

¿Dónde está ya el mediodía  
luminoso en que Gabriel  
desde el marco del dintel  
te saludó: — Ave, María?

Virgen ya de la agonía,  
tu Hijo es el que cruza ahí.  
Déjame hacer junto a ti  
ese agosto itinerario.  
Para ir al monte Calvario,  
cítame en Getsemaní.

A ti, doncella graciosa,  
hoy maestra de dolores,  
playa de los pecadores,  
nido en que el alma reposa.  
A ti, ofrezco, pulcra rosa,  
las jornadas de esta vía.  
A ti, Madre, a quien quería  
cumplir mi humilde promesa.  
A ti, celestial princesa,  
Virgen sagrada María.

## Primera estación.

### Jesús es condenado a muerte

Jesús sentenciado a muerte.  
No bastan sudor, desvelo,  
cáliz, corona, flagelo,  
todo un pueblo a escarnecerte.  
Condenan tu cuerpo inerte,  
manso Jesús de mi olvido,  
a que, abierto y exprimido,  
derrame toda su esencia.  
Y a tan cobarde sentencia  
prestas, en silencio, oído.

Y soy yo mismo quien dicto  
esa sentencia villana.  
De mis propios labios mana  
ese negro veredicto.  
Yo me declaro convicto.  
Yo te negué, con Simón.  
Te vendí y te hice traición

con Pilatos y con Judas.  
Y aún mis culpas desanudas  
y me brindas el perdón.

### **Segunda estación.** **Jesús carga con la cruz**

Jerusalén arde en fiestas.  
Qué tremenda diversión  
ver al justo de Sión  
cargar con la cruz a costas.  
Sus espaldas curva, prestas  
a tan sobrehumano exceso,  
y, olvidándose del peso  
que sobre su hombro gravita,  
con caridad infinita  
imprime en la cruz un beso.

Tú el suplicio y yo el regalo.  
Yo la gloria y tú la afrenta,  
abrazado a la violenta  
carga de una cruz de palo.  
Y así, sin un intervalo,  
sin una pausa siquiera,  
tal vivo mi vida entera,  
que por mí te has alistado  
—voluntario abanderado—  
de esa maciza bandera.

### **Tercera estación.** **Jesús cae por primera vez**

A tan bárbara congoja  
y pesadumbre declinas,  
y tus rodillas divinas  
se hincan en la tierra roja.  
Y no hay nadie que te acoja.  
En vano un auxilio imploras.  
Vibra en ráfagas sonoras  
el látigo del blasfemo.

Y en un esfuerzo supremo  
lentamente te incorporas.

Como el Cordero que viera  
Juan, el dulce evangelista,  
así estás ante mi vista  
tendido con tu bandera.  
Tu mansedumbre a una fiera  
venciera y humillaría.  
Ya el Cordero se ofrecía  
por el mundo y sus pecados.  
Con mis pies atropellados,  
como a un estorbo, le hería.

### **Cuarta estación.** **Jesús se encuentra con su madre**

Se ha abierto paso en las filas  
una doliente mujer.  
Tu madre te quiere ver  
retratado en sus pupilas.  
Lento, tu mirar destilas  
y le hablas y la consuelas.  
¡Cómo se rasgan las telas  
de ese doble corazón!  
¡Quién medirá la pasión  
de esas dos almas gemelas!

¿Cuándo en el mundo se ha visto  
tal escena de agonía?  
Cristo llora por María,  
María llora por Cristo.  
¿Y yo, firme, lo resisto?  
¿Mi alma ha de quedar ajena?  
Nazareno, Nazarena,  
dadme siquiera una poca  
de esa doble pena loca,  
que quiero penar mi pena.

## **Quinta estación.**

### **El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz**

Ya no es posible que siga  
Jesús el arduo sendero.  
Le rinde el plúmbeo madero.  
Le acongoja la fatiga.  
Mas la muchedumbre obliga  
a que prosiga el cortejo.  
Dure hasta el fin el festejo.  
Y la muerte se detiene  
ante Simón de Cirene,  
que acude tardo y perplejo.

Pudiendo, Jesús, morir,  
¿por qué apoyo solicitas?  
Sin duda, es que necesitas  
vivir aún para sufrir.  
Yo también quise vivir,  
vivir siempre, vivir fuerte.  
Y grité: — Aléjate, muerte.  
Ven tú, Jesús cireneo.  
Ayúdame, que en ti creo  
y aún es tiempo de ofenderte.

## **Sexta estación.**

### **La Verónica limpia el rostro de Jesús**

Fluye sangre de tus sienas  
hasta cegarte los ojos.  
Cubierto de hilillos rojos  
el morado rostro tienes.  
Y al contemplar cómo vienes  
una mujer se atraviesa,  
te enjuga el rostro y te besa.  
La llamaban la Verónica.  
Y exacta, tu faz agónica  
en el lienzo queda impresa.

Si a imagen y semejanza  
tuya, Señor, nos hiciste,  
de tu imagen me reviste  
firme a olvido y a mudanza.  
Será mayor mi confianza  
si en mi alma dejas la huella  
de tu boca, que nos sella  
blancas promesas de paz,  
de tu dolorida faz,  
de tu mirada de estrella.

## **Séptima estación.**

### **Jesús cae por segunda vez**

Largo es el camino y lento,  
y el Cireneo se rinde.  
Él se ha trazado una linde  
en su oscuro pensamiento.  
Mientras disputa violento,  
deja que la cruz se hunda  
total, maciza, profunda,  
sobre aquel único hombro.  
Y como un humano escombros  
cae Jesús por vez segunda.

¿Otra vez, Señor, en tierra,  
abrazado a tu estandarte?  
Ese insistente postrarte  
¿qué oculto sentido encierra?  
Mas ya te entiendo. En la guerra,  
por ti luchando, transido  
caeré en tierra y malherido,  
¿y no he de alzarme ya más?  
Yo sé que tú me darás  
la mano, si te la pido.

## **Octava estación.** **Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén**

Qué vivo dolor aflige  
a estas mujeres piadosas,  
madres, hermanas, esposas,  
sin culpa del «crucifige».  
Jesús a ellas se dirige.  
Sus palabras, oídlas bien:  
— Hijas de Jerusalén,  
llorad vuestro llanto, sí,  
por vosotras, no por mí.  
Por vuestros hijos también.

Por nosotros mismos, cierto.  
Pero ¿quién por ti no llora?  
Haz que llore hora tras hora  
por mí tibio y por ti yerto.  
Riégame este estéril huerto.  
Quiébrame esta torva frente.  
Ábreme una vena ardiente  
de dulce y amargo llanto,  
y espanta de mí este espanto  
de hallar cegada mi fuente.

## **Novena estación.** **Jesús cae por tercera vez**

Ya caíste una, dos veces.  
La rota túnica pisas  
y aún, entre mofas y risas,  
tendido a mis pies te ofreces.  
Yo no sé a quién me pareces,  
a quién me aludes así.  
No sé qué haces junto a mí,  
derribado con tu leño.  
Yo no sé si ha sido un sueño  
o si es verdad que te vi.

Y yo caigo una, dos, tres,  
y otra vez más, y otra, y tantas.  
Siempre tus espaldas santas  
me sirvieron de pavés.  
Ahora siento bien cuál es  
la razón de tus caídas.  
Sí, porque nuestras vencidas  
almas no te tengan miedo  
caes, oh humilde remedo,  
y a abrazarte las convidas.

## **Décima estación.** **Jesús es despojado de sus vestidos**

Ya desnudan al que viste  
a las rosas y a los lirios.  
Martirio entre los martirios  
y entre las tristezas triste.  
Qué sonrojo te reviste,  
cómo tu rostro demudas  
ante aquellas manos crudas  
que te arrancan los vestidos  
de sangre y sudor teñidos  
sobre tus carnes desnudas.

Bella lección de pudores  
la que en este trance dictas,  
tus candideces invictas  
coloridas de rubores.  
Tú, que has teñido las flores  
de tintas tan sonrosadas,  
que en las castas alboradas  
las nubes vistes de oro,  
¡ay!, devuélveme el tesoro  
de mis flores marchitadas.

## **Undécima estación.** **Jesús es clavado en la cruz**

Por fin, en la cruz te acuestas.  
Te abren una y otra mano,  
un pie y otro soberano,  
y a todo, manso, te prestas.  
Luego entre Dimas y Gestas,  
desencajado por crueles  
distensiones de cordeles,  
te clavan crucificado  
y te punzan el costado  
y te refrescan de hieles.

Y que esto llegue es preciso  
y así todo se consuma,  
y, a la carga que te abruma,  
el cuello inclinas sumiso.  
— Conmigo en el paraíso  
serás hoy, al buen ladrón  
prometes. Tierna lección  
la de tus palabras ciertas.  
Toma mis manos abiertas.  
Toma mis pies: tuyos son.

### **Duodécima estación. Jesús muere en la cruz**

Al pie de la cruz, María  
llora con la Magdalena,  
y aquel a quien en la Cena  
sobre todos prefería.  
Ya, palmo a palmo, se enfría  
el dócil torso entreabierto.  
Ya pende el cadáver yerto  
como de la rama el fruto.  
Cúbrete, cielo, de luto  
porque ya la Vida ha muerto.

Profundo misterio. El Hijo  
del hombre, el que era la Luz  
y la Vida, muere en cruz,

en una cruz crucifijo.  
Ya desde ahora te elijo  
mi modelo en el estrecho  
tránsito. Baja a mi lecho  
el día que yo me muera,  
y que mis manos de cera  
te estrechen sobre mi pecho.

### **Penúltima estación. Jesús es bajado de la cruz**

He aquí helados, cristalinos,  
sobre el virginal regazo,  
muertos ya para el abrazo,  
aquellos miembros divinos.  
Huyeron los asesinos.  
¡Qué soledad sin colores!  
Oh, Madre mía, no llores.  
¡Cómo lloraba María!  
La llaman desde aquel día  
la Virgen de los Dolores.

¿Quién fue el escultor que pudo  
dar morbidez al marfil?  
¿Quién apuró su buril  
en el prodigio desnudo?  
Yo, Madre mía, fui el rudo  
artífice, fui el profano  
que modelé con mi mano  
ese triunfo de la muerte  
sobre el cual tu piedad vierte  
cálidas perlas en vano.

### **Última estación. Jesús es colocado en el sepulcro**

Fue un José el primer varón  
que a Jesús tomó en sus brazos,  
y otro José en tiernos lazos  
le estrecha de compasión.

Con grave, infinita unción,  
el sagrado cuerpo baja  
y en un lienzo le amortaja.  
Luego le da sepultura  
y una piedra en la abertura  
de la roca viva encaja.

Como póstuma jornada  
de tu vía de amargura,  
admiro en la sepultura  
tu heroica carne sellada.  
Señor, ya no queda nada  
por hacer. Señor, permite  
que humildemente te imite,  
que contigo viva y muera,  
y en luz no perecedera,  
que, como tú, resucite.